

Gran - L. Medina - 16 - Octubre 86 - cr.

4

ORACION FÚNEBRE
QUE
EN LAS SOLEMNES HONRAS
POR LAS HERÓICAS VÍCTIMAS
DEL 2 DE MAYO DE 1808,

celebradas en la Santa Iglesia Catedral en igual día de 1886

PRONUNCIÓ

ANTE EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

Y OTRAS CORPORACIONES DEL ESTADO,

EL LICENCIADO

DON JOSÉ GAMIZ ORTEGA,

Beneficiado de la misma,
Capellan de Honor honorario y Predicador de S. M.



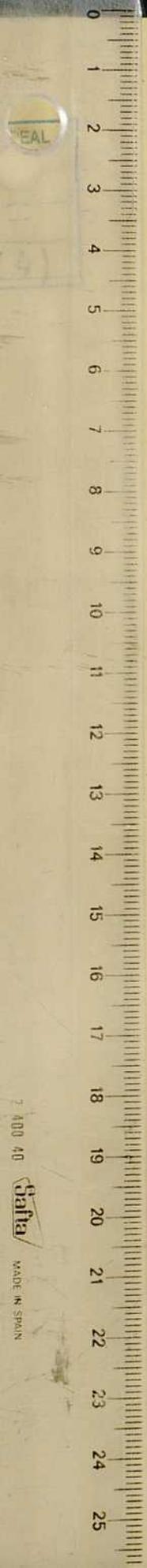
MADRID.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA MUNICIPAL.

1886.

BIBLIOTECA CENTRAL REAL
GRANADA

Sala: _____
Estante: 021
Número: C50 (4)



Faint, illegible text or markings on the page, possibly bleed-through from the reverse side.

ORACION FÚNEBRE

POR LAS HERÓICAS VÍTIMAS

DEL 2 DE MAYO DE 1808.

1886.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Numero:

060 (4)

ORACION FÚNEBRE

POR LAS HERÓICAS VÍCTIMAS

DEL 2 DE MAYO DE 1808.

1886.



DEPARTAMENTO DE HISTORIA

1966

R. 27526

ORACION FÚNEBRE
QUE
EN LAS SOLEMNES HONRAS

POR LAS HERÓICAS VÍCTIMAS

DEL 2 DE MAYO DE 1808,

celebradas en la Santa Iglesia Catedral en igual día de 1886

PRONUNCIÓ

ANTE EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID

Y OTRAS CORPORACIONES DEL ESTADO,

EL LICENCIADO

DON JOSÉ GAMIZ ORTEGA,

Beneficiado de la misma,

Capellan de Honor honorario y Predicador de S. M.



MADRID.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA MUNICIPAL.

1886.

Con licencias de la Autoridad eclesiás-
tica: de orden y á expensas del Excelen-
tísimo Ayuntamiento de esta M. H. Villa.

Al Excelentísimo
Ayuntamiento de Madrid
en testimonio de consideración y respeto

Su humilde S. S. y Capellan,

José Gamix y Ortega.



Oficio de Pontifical el Emmo. Cardenal Arzobispo de Santiago, electo
de Toledo, asistido del Cabildo-Catedral.

Habuimus enim de celo auxilium, et liberati sumus nos, et humiliati sunt inimici nostri.

Hemos tenido auxilio del cielo, y por eso nos hemos librado, humillando á nuestros enemigos.

(LIBRO I DE LOS MACABEOS, CAP. XII, V. 15).

EMMO. SEÑOR; EXCMO. É ILLMO. SEÑORES; ESPAÑOLES:

Ese divino eco que reside en el corazón de los mortales, esa aspiración eterna y santa que modela nuestras inclinaciones; ese rayo de celeste luz que plugo á la Providencia encarnar en el alma del ser humano, la Religión, es la que nos congrega hoy para recordar el sentimiento unánime de los españoles ilustres del DOS DE MAYO.

¡Día glorioso é inmortal! cuyo recuerdo enciende y despierta en el pecho del español, el fuego santo del patriotismo; brillante página de nuestra rica historia, que acredita seguramente cuales han de ser los destinos de nuestra Patria, cuando una ambición preconcebida trate de fijar su planta en nuestro

territorio! ¡Día inolvidable! yo saludo á tu sol radiante á nombre de todos los españoles, y en particular del pueblo de Madrid!

Sin duda, Señores, tiene gran importancia en nuestros destinos, esta ceremonia conmemorativa; la Religión augusta del Dios tres veces Santo la preside, y hoy como en 1808, es tan tierna é interesante, produce los mismos afectos, y las plegarias fervientes se elevan purísimas hasta el cielo entre suspiros y lágrimas como en otras ocasiones; porque esta tradición, siempre nueva y sentimental, germina cada vez más vigorosa en las creencias del pueblo español, acostumbrado á respetar en la fe sobrenatural, lo que de ninguna manera podría perpetuarse en la ciencia de los hombres. Porque la ciencia es de adquisición humana, la fe es hija del cielo, y no hay en la tierra fuerza suficiente que pueda arrebatarse á la humanidad la vida, siempre fresca de ideas consoladoras, que enseñan al mortal el gran movimiento de los sucesos, encaminados á un desenlace venturoso por el Dios Omnipotente é Inmortal. Los presentimientos del porvenir podrán tranquilizar nuestra actualidad embellecida por la esperanza; mas los recuerdos dulcísimos del pasado deben ilustrarnos para obrar con gratitud. Nada importan humanas maquinaciones á los que se hallan bajo la égida protectora de esa Religión bendita, porque despues de haber llenado con dignidad su misión sobre la tierra, se remontarán en rauda vuelo hasta las mansiones del Eterno Edén.

La nación que el cielo hizo gloriosa, siempre será gloriosa, siempre será inmortal. ¿Qué importa el ruido imponente de un *gran coloso*, que pretende fundir las coronas para adornar con una sola sus sienes? Absolutamente nada; porque España tiene aquel genio indomable de la resistencia, que venía heredado de los antiguos celtíberos, y aquella perseverancia infatiga-

ble que desesperó á los romanos y acabó con los sarracenos: y aunque ese gran *coloso europeo* pretenda sorprender la sencillez del monarca y huir de la fiereza de los leones, acostumbrados á sujetar mundos arrancados al Océano; aunque se reparta en su loca fantasía el patrimonio de San Fernando, aun los Españoles son hijos de los que habian vencido en Covadonga y Calatañazor, en las Navas de Tolosa y ante los muros de la poética Granada. El leon español sacude su melena, ruje y se lanza.... Madrid suspira, sus hijos pelean y mueren, pero mueren con heroísmo.

¿Para qué hemos nacido? Decía en otro tiempo Judas Macabeo. (1) ¿De qué nos sirve vivir? «Peleemos por nuestro pueblo y por nuestras cosas santas,» que más vale morir con gloria en el combate que presenciar con horror el exterminio de nuestro Santuario y de nuestra Patria.

Estos ecos entusiastas pasan por todas las edades haciendo el elogio de aquel valiente, y esto repiten los esforzados atletas del DOS DE MAYO EN 1808. Y aun en estos momentos, ¿no os parece escuchar la vibrante voz de aquellos militares ilustres, de DAOIZ y de VELARDE? Pero ¡ah! DAOIZ y VELARDE no existen, sólo queda en la tierra un recuerdo indeleble de su grandeza; no existen, pero España agradecida llorará siempre sobre sus cenizas, y admirará al mismo tiempo la unión y el heroísmo que simbolizan esas tumbas colocadas bajo el manto de la Religión, para que aprenda una vez más, «y es mi asunto»

(1) Libro I de los Macabeos, capítulo III, v. 43.

**Que la Religión es la base principal de la grandeza
y prosperidad de las naciones.**

No me separaré de la orilla para llevar á lo alto la frágil nave de mi pobre oración, sin impetrar antes vuestra indulgencia, Emmo. Señor, Excmo. é Illmos. Señores; ¿y cómo no esperarla, siendo ella amante compañera de la ilustración en vosotros todos tan reconocida?

EMMO. SEÑOR; EXCMO. É ILLMO. SEÑORES:

En vano una política materialista hija de la filosofía incrédula, trabajará incansable en constituir una sociedad atea, sin Dios, sin culto y sin religión: todos sus cálculos y esfuerzos insensatos vendrán siempre á estrellarse en esa Providencia Divina, que jugando con los mayores imperios como con una arista frágil, los hace nacer y disolverse, vencer y ser vencidos, devorarse unos á otros como los metales de aquella estatua misteriosa que viera el profeta Daniel (1) dirigiendo siempre y haciendo servir, la ruina de unos y el encumbramiento de otros, á la causa de su Religión Santa, que inmortal como su Divino Autor, cantará sobre los escombros de todos ellos la gloria de Aquel y el triunfo de sus escogidos. Pero en ninguna nación se vió tan de manifiesto como en la Española ese influjo superior de la Religión en sus glorias y en sus destinos.

(1) Profecía de Daniel, cap. II.

Recorred, Señores, aunque ligeramente los períodos de nuestra gloriosa historia, y vereis en esa Religión bendita la base de nuestra nacionalidad, y su áncora de salvación en las tempestades que amenazaban destruirla: vereis arder juntos á la sombra del Santuario, formando una sola llama, el celo religioso y el amor patrio, en cuyo fuego sagrado adquiere el carácter español, ese elevado temple de constancia y de heroísmo que llena de admiración al mundo.

En efecto: cuando los bárbaros del Norte, vienen cual torrente devastador á inundar toda la Europa, en toda ella pero especialmente en España, la Religión divina humaniza sus costumbres feroces, inaugurando y completando la fusión de vencedores y vencidos, subiendo al trono con Recaredo y fundando la nacionalidad española en aquella Monarquía Goda, la primera de Europa, la más poderosa y la más civilizada, recibiendo su principal apoyo y esplendor de esa fé católica que tanto ilustraron con su sangre los Fructuosos, los Lorenzos y los Vicentes, y con sus letras los Braulios, Isidoros, Leandros y Fulgencios, los padres de Toledo, en fin, cuya sabiduría y celo religioso y patrio será memorable por los siglos.

Y cuando en los tiempos de impiedad de Witiza y Don Rodrigo se hunde el trono español en las ensangrentadas aguas del Guadalete, la semilla preciosa de la nacionalidad perdida se conserva en el Santuario, para que en las breñas de Asturias brille con resplandores más puros sobre la frente de Pelayo; allí brota la monarquía envuelta en el manto del sentimiento católico, á cuya sombra germina y crece el amor patrio, como la hiedra vive y se dilata adherida al tronco del frondoso sáuce.

Si entre las tinieblas é ignorancias de la Edad Media, aparece la España con ventaja notable sobre los otros pueblos, en la



mayor perfección de sus leyes, de su civilización, de las relaciones entre los súbditos y los soberanos, lo debe al benéfico influjo de la Religión que lenta y progresivamente, suaviza todas las costumbres y armoniza todos los derechos. Y cuando la Providencia quiso colocar un Nuevo Mundo bajo el cetro de Castilla para que el sol no se pusiera en sus dominios, esa gloria inmensa se debe á la religiosidad del pueblo español, y al celo santo de sus Reyes, en particular de aquella Isabel I, honor de su sexo, gloria y orgullo de su patria.

Si á la voz del protestantismo lanzada por el apóstata Lutero, como tea incendiaria en medio de la Europa, se ven arder los pueblos en guerras intestinas que llevan por doquiera el estrago y la desolacion. ¿Quién sinó la unidad religiosa salva á España de ese voraz incendio? Mientras que Alemania, Francia é Inglaterra, Suiza y los Países Bajos se ven envueltos en ese torbellino de desastres, solo esta nacion querida, cual castillo levantado sobre roca inespugnable, aparece libre del contagio, sin que logren envenenarla los emponzoñados hábitos de los Cazallas, Reinas y Valeras, y pasea majestuosamente su nombre por la anchurosa estension de dos mundos, y su lengua se hace universal, y conquista naciones poderosas y reduce á prision á reyes extranjeros.... ¡Ah! con cuánta razon podemos exclamar los españoles con el libro de los Macabeos: (1) «Hemos tenido el auxilio del cielo, y nos hemos libertado humillando á nuestros enemigos.»

Pero hubo una época, Excmo. Sr., de tristes recuerdos para la Europa civilizada, época de sangre y de lágrimas, en la que esa misma heregía, despues de recorrer en su vida de vértigo

(1) Cap. XII, v. 15.

convulsivo el anchuroso campo de las variaciones, se transforma en un filosofismo exagerado y pronuncia su palabra sacramental, llamándose incredulidad; á la seducción de sus influencias una nación cristianísima y culta, levanta una estatua á la *diosa de moda*, y la hace recorrer las calles de Godofredo y de San Luis, gritando desafortadamente los himnos de la más espantosa revolución que tantas víctimas costara.

Aprovechando el terror universal, se levanta en Córcega un *gran conquistador*, las naciones se entregan humildes á su cadena, y en el mundo no se escucha más que un eco... es el eco de su voz. Holanda y Austria, Egipto y Rusia con más ó menos suerte sienten el peso abrumador de sus soldados, enronquecidos aun de gritar ante la guillotina.

También España se había desviado mucho de su dignidad, separándose de sus religiosas tradiciones, y el Dios de la eternal justicia, permite una prueba desoladora para que quede más acrisolada.

Lo ha dicho Él mismo en el Sagrado Libro de los Proverbios: (1) «La justicia eleva á las naciones, pero el pecado las hace miserables.»

Y la católica España, la poética nación, llena de oro y encantos, que todos ansiaron, y nadie pudo mancillar sus blasones, porque apegada á sus ritos y costumbres, pasa por irrupciones distintas, oponiendo su poder al poder colosal de Anibal y de César, de Octavio y Scipión, dejando consignada su constancia indomable para ejemplo de las edades futuras en las páginas horribles de Sagunto y de Numancia, nuestra querida España, tan histórica y tan noble, siente en esta aciaga época

(1) Cap. XIV, v. 34.

toda la malicia del *tirano*; se ve en un momento invadida militarmente, el fuego devorador de la discordia en el seno de la Real familia, vé desaparecer, llena de indignación, uno de los más esclarecidos trofeos que orlan el campo de su estandarte, aquella rica joya que inmortalizó al marqués de Pescara (1), y tiene que llorar también la orfandad en que se queda sin sus Reyes, devorando en silencio su dolor con la lisonjera esperanza de que muy pronto los recobrará.

Inútilmente se derraman con profusión proclamas de tranquilidad en el pueblo; es inútil que se le mime y se le amenace; el pueblo español quiere volver á saludar al que es objeto de su cariño, quiere á todo trance su independencia, y...

¡DÍA MEMORABLE DEL DOS DE MAYO! Señores, á los justos y dolorosos gemidos con que Madrid lloraba la simulada cautividad de sus príncipes, á las sentimentales manifestaciones de amor filial, contestan los ecos de descargas homicidas, y se vé sangre; pero sangre española, que enciende el fuego del patriotismo en todos los pechos, y de todos los lábios no sale más que este grito del valiente Macabeo (2), «Vamos á morir, pero á morir con valor en defensa de nuestros hermanos, para no manchar con un crimen nuestra gloria.»

Y en ese grito unánime se mezclan y se confunden todas las clases y todas las condiciones, se trata de la Religión y de la Independencia de la Patria, y el español no vé los peligros; se aumenta el espanto pero el pueblo no se cansa, y en sus

(1) La espada que Francisco I, rey de Francia, rindió en la famosa batalla de Pavia, reinando en España el invicto emperador Carlos V, que se guardaba con la debida estimación en la Armería Real desde el año de 1525, y que para satisfacer el deseo que tenía Napoleon de poseerla, fué conducida con gran ceremonia para entregársela por conducto del Duque de Berg el 31 de Marzo de aquel año. Así consta en la *Gaceta* de Madrid del 5 de Abril.

(2) Libro I, cap. IX, v. 10.

valientes mujeres halla nuevas heroínas que pisando cadáveres, no vén á su esposo muerto, ni á su idolatrado hijo, ni á su espirante padre, solo ven... humanos destrozos que amontonar porque interrumpen su paso.

Ya... por doquiera no se ofrece más que sangre y ruinas... se oyen nuevas descargas y nuevos gemidos, formidables columnas enemigas se reconcentran hácia un mismo punto, seguidlas con vuestra imaginación y al llegar al Parque, deteneos y contemplad con entusiasmo esas dos hermosas figuras que se destacan allí: son... DAOIZ y VELARDE que se miran y se comprenden, saben que ván á morir, pero ¿qué les importa si muriendo en defensa de tan sagrada causa han de vivir siempre en la memoria de los españoles?

Daoiz imponente y aterrador alienta las masas del pueblo que se le unen; es oficial y á la vez soldado, dá órdenes que él mismo ejecuta, y cuando le faltan las municiones se apoya en su cañon y se defiende, sucumbiendo al fin ante la multitud, asombrada de tanto heroísmo.

Velarde entonces corre á su defensa, más... es tarde y su cadáver rueda tambien ensangrentado sobre el casi cadáver de su hermano.

Españoles, ¡gloria á los valientes, loor eterno para esos dos héroes y para todos los que á su lado pelearon ese día en que nos conquistaron una Patria!

¡Héroes inmortales! España bendice vuestra memoria, y vuestra muerte es un libro abierto, en que el buen español encuentra modelos de virtudes que imitar y motivos de dulce consuelo, y en que el tráidor á su patria leerá siempre su confusión y su vergüenza.

Visteis, Señores, ahogado el grito del DOS DE MAYO en los

arroyos de sangre que corren por las calles de Madrid, pero.... en estos momentos tan solemnes ¿no llega un eco á vuestros oídos? ¡Ah! es el leon que ruge y viene repitiendo por toda la cordillera ibérica «¡Nuestra Patria está en peligro!» y esa mágica voz se deja sentir primero en las fragosidades de Asturias, entre los hondos valles y encumbrados riscos en que once siglos antes se habia lanzado el grito contra la irrupción sarracena, y corre cual chispa eléctrica por todas las provincias de España que ofrecen al mundo ejemplos varios de un valor heroico, y de un amor sin límites á su querida madre Patria; tal como el que se nos refiere del inmortal Romeu, ese ilustre hijo de Sargunto que al leerle la sentencia de muerte contesta con sin igual entereza: «Mientras haya en España un palmo de terreno libre, yo le he de defender como buen patriota, y la suerte de mi patria será la mía;» y que desde el patíbulo arenga á sus paisanos con estas palabras encendidas en el fuego del patriotismo más puro: «Cooperad, les dice, cooperad todos á salvar la patria, porque en su defensa encontrareis una gloria que nunca se marchita.» (1) Es España entera, Señores, que repite este otro grito de los Macabeos: (2) «Levantemos de la abyección á nuestro pueblo y peleemos por él y por nuestras cosas santas.»

Señores: la Patria tan dignamente representada por el Excmo. Ayuntamiento de esta Muy Heróica Villa, por el Gobierno y Autoridades locales, y por españoles distinguidos, acude al templo del Señor, á elevar una plegaria por las víctimas del DOS DE MAYO. ¿Y adonde, Excmo. Señor, podriais recurrir para recordar al pueblo español tan amante de sus glo-

(1) *Historia general del Reino de Valencia*, por Escolano y Perales; tomado el hecho de los apuntes de Don Antonio Sarmiento Sotomayor, testigo presencial y amigo de Romeu.

(2) Libro I, cap. III, v. 43.

rias, el brillante hecho de este día sin ocaso, sino á esa Religión bendita que preside los destinos de las naciones, *y que es la base principal de la grandeza y de la prosperidad de los pueblos?* ¿adonde sino á esa Religión sublime que en sentir de un célebre orador (1) «es la sangre que hace latir el corazón y sostiene la vida, es la fuerza dulce y al mismo tiempo poderosa que todo lo agita en el mundo, y es la sávia que produce el gran árbol del progreso y le hace dar frutos ricos y abundantes?»

Ella, pues, nos congrega hoy para que derramemos una lágrima sobre las tumbas de esos héroes: descansad en paz vosotros, ¡héroes inmortales!... pero ¡ah! Señores, al fijar mi vista sobre esas tumbas que bendicen la Religión y la Patria, veo que están levantadas sobre otra tumba reciente, y la imaginación me presenta manchadas las vestiduras pontificales con la sangre del varón virtuoso y sabio que muere sacrificado en aras del cumplimiento de su deber; y veo levantarse alevé y asesina una mano consagrada á recibir el Manjar Delicioso de los Angeles, y descargar mortífero golpe sobre un Príncipe de la Iglesia y entonces..... pero no..... no he de seguir, dispensadme, Señores, porque el silencio es mucho más elocuente en estos momentos en que aun estamos consternados por un crimen tan horrible (2): una lágrima también sobre esa tumba, y una plegaria al Omnipotente para que reciba en su seno el alma del que fué nuestro amadísimo Prelado, primer Obispo de Madrid. Y no creais, españoles, que ha terminado nuestro llanto; hay que derramar otra lágrima sobre otra tumba querida: al levantar nuestros ojos hácia el trono, no vemos aparecer en él la Ma-

(1) P. Félix, Conferencias de 1869.

(2) Alude al terrible asesinato verificado en la persona del Excmo. Sr. Martínez Izquierdo, primer Obispo de Madrid-Alcalá, el 18 de Abril de 1886.

jestad del magnánimo Rey que le ocupaba, le buscamos, y descubrimos su cadáver en el sepulcro.... tendemos la vista por España, que con razon se prometia años de ventura bajo el cetro de su amado Monarca, y la contemplamos acongojada por su muerte y desvanecidas sus esperanzas.... que el Dios de Misericordia reciba tambien en su seno el alma de Alfonso XII.

Voy á concluir, Excmo. Señor, porque estoy abusando en extremo de vuestra benevolencia.

La historia ha grabado este solemne día con caracteres de oro, y la Religión ha derramado sobre él el perfume de sus oraciones. En este siglo de vértigo y de impiedad, en que la soberbia razon humana parece tocar el apogeo de su orgullo, en que la vida y el porvenir de las sociedades se pretende fundar fuera de las ideas santas que constituyen sus principios salvadores, ostentemos á la faz del mundo impío ese carácter tradicional del pueblo español que le ha distinguido siempre. Colocados á la sombra del Lábaro glorioso del Calvario, agrupaos todos en derredor del trono de nuestra amada España, y allí, rechazando divisiones, «señal inequívoca de próxima destrucción,» (1) sea vuestro sostén una misma fé, la fé del Crucificado; que os anime á todos una sola aspiración, la de la paz y el engrandecimiento de nuestra pobre Patria, combatida sin cesar por vientos contrarios é impetuosos: marchando siempre en esa unidad de sentimientos, tendremos siempre el triunfo, en pós del cual viene la gloria, como la conquistaron el DOS DE MAYO.

Valientes Militares, que cruzais vuestro pecho con laureles adquiridos en el campo de batalla, que vuestra espada sea siempre el dique contra el cual se estrellen los elementos todos

(1) San Mateo, cap. XII, v.23; San Lúcas, XI, 17.

que puedan manchar el brillo de nuestra nación. Ilustres Artilleros, sed siempre fieles á las tradiciones de vuestro cuerpo, en saber, valór y patriotismo; á él pertenecieron los que están representados en ese cenotafio; imitadlos. Españoles todos, Religión y Patria sea siempre el lema de nuestra bandera; no dejéis de repetir tan gloriosos nombres, pues ante ellos parecen reanimarse las cenizas que guardan esas tumbas: y estad seguros que al abandonar esta patria, á dó nacisteis á la luz terrena, esa Religión bendita os trasladará en sus brazos á otra Patria de paz y de ventura eterna, que es la que pedimos hoy para *los héroes inmortales de la Independencia Española.*

AMEN.



